

Ciudad, mujer y comportamiento demográfico

Carmen PÉREZ SIERRA

Los tres temas que se intentan relacionar en este artículo tienen suficiente profundidad y consistencia para ser objeto por sí solos de numerosas investigaciones. En efecto, muchas disciplinas científicas (Arquitectura, Urbanismo, Sociología, Geografía, etc.) confluyen desde hace mucho tiempo en el fenómeno urbano, especialmente cuando el crecimiento de las grandes ciudades en el primer mundo y, en los últimos decenios, en el tercero, han generado una alarma justificada ante los riesgos de contaminación, hacinamiento, delincuencia, insalubridad y malestar. A comienzos del siglo XIX sólo el 3 por 100 de la población mundial vivía en ciudades, y hoy lo hace el 45 por 100, aunque ésta cifra incluye grandes disparidades (94 por 100 en Alemania y 10 por 100 en Ruanda). Para el año 2000 uno de cada dos habitantes del mundo vivirá en ciudades. Pero si en 1950 sólo había seis ciudades con más de cinco millones de habitantes (47 millones en total), en el año 2000 habrá 59 ciudades que sobrepasen los cinco millones y que totalizarán en conjunto 646 millones de personas. México (31 millones), Sao Paulo (26 millones) y Calcuta (20 millones) reunirán más gente que la que hoy habita en la Alemania unificada; incluso en el momento presente estas tres ciudades con sus áreas metropolitanas tienen casi tanta población como España (Pérez Sierra, C., 1990).

Pero se insiste aquí, en la ciudad no como elemento de aglomeración demográfica, sino como laboratorio y catalizador de todos los cambios sociales

que han tenido lugar en el mundo en los últimos doscientos años; en la ciudad como generadora de una mentalidad que pasa por la desacralización de los elementos religiosos, familiares y sociales que fundamentaban la sociedad rural, por el aumento del individualismo y de la libertad y por la aceptación de la heterogeneidad psicológica, económica y social (Berry, B. J. R., 1975).

Naturalmente, nada hubiera sido posible sin la profunda transformación económica que supuso la industrialización de la ciudad; en realidad, la ciudad es el reflejo del sistema económico y político imperante, pero este aspecto desbordaría el alcance de este artículo.

El segundo tema, la mujer, tiene una bibliografía mucho más reciente, pero no por eso menos enriquecedora y profunda, y sobre ella hay que resaltar que de la invisibilidad de la mujer en las ciencias sociales se ha pasado a una profunda y rica bibliografía en los que los problemas de la mujer y la mujer misma son los protagonistas.

Y queda el tercer elemento: el comportamiento demográfico. Los elementos demográficos (nacimiento, muerte, migración, distribución de la población, etc.) son viejos conocidos de los geógrafos desde la institucionalización de la Geografía como materia científica. Pero científicos de disciplinas afines, gobiernos, estadistas, etc., han convertido los estudios demográficos en foco de atención prioritario a partir de la década de los años sesenta, cuando la explosión demográfica subsiguiente al descenso de la mortalidad hizo temer un desastre humano y ecológico. Efectivamente, si aceptamos como válida la fecha de un millón de años desde que el hombre existe en la tierra, se estima que entre los años 8000 y 10000 a.C., la humanidad, cazadora y recolectora, tan sólo alcanzaba unos ocho millones de habitantes. La revolución agrícola neolítica mejoró las condiciones de vida y se cree que al comenzar nuestra era había 300 millones de habitantes, que aumentaron a 800 al principio de la Revolución Industrial. Con una tasa tan lenta de crecimiento sólo en los alrededores del año 2000 hubiera llegado a duplicarse la población, es decir, 1.600 millones de personas. Pero en 1950 había 2.500 millones; en 1970, 4.000, y en el momento presente, 5.200 (Weeks, J. R., 1981). El término *explosión demográfica* parece una descripción acertada de lo que estaba ocurriendo en el mundo, y aunque la alarma surgida en la década de los años sesenta quizá fue desproporcionada, aunque no injustificada, todo parece indicar que en el año 2000 habrá más de 6.000 millones de habitantes en nuestro planeta (de hecho tan sólo China e India añaden cada año 40 millones de nuevos seres humanos). Se comprende que los hechos demográficos tienen una gran importancia.

La relación entre esos tres elementos, mujer, ciudad y demografía puede ayudar a comprender mejor los problemas que en mayor o menor medida afectan a las mujeres de todo el mundo.

Hablar de la dominación ejercida sobre las mujeres por los hombres puede resultar un tópico, pero es una realidad cotidiana tanto más evidente

cuanto menor sea el grado de desarrollo de una región. Para su dominación los hombres se han aprovechado, ciertamente a veces hasta el límite, de determinados hechos demográficos.

CONDICIONES DEMOGRÁFICAS QUE FACILITAN LA DOMINACIÓN MASCULINA

Imaginemos una sociedad en situación de alta mortalidad; toda persona que en ella restrinja voluntariamente la fecundidad está poniendo en peligro la supervivencia de la sociedad misma. Las presiones natalistas impulsarán a las parejas a tener un número elevado de hijos con el fin de que a pesar de la mortalidad se garantice el reemplazo social; la mujer se verá impelida a un matrimonio temprano, con la consiguiente pérdida de nivel educativo. Como además el hombre no tiene físicamente los hijos, y su fecundidad está relacionada con la edad durante un período mayor que la mujer, el hombre puede tener más años a la hora de contraer matrimonio, así que si al matrimonio en edad temprana de la mujer y a su bajo nivel educativo añadimos una diferencia de edad a favor del hombre, el dominio de la mujer queda asegurado. La diferencia de años puede además ampliarse en función de consideraciones económicas y sociales. Por ejemplo, en Yemen la diferencia media entre las edades del marido y de la mujer es de diez años, en Irak de ocho y en la cultura occidental varía entre uno y dos (Asian Development Bank, 1988).

Por tanto, una situación de alta mortalidad conduce a un nivel de fecundidad alto y la mayor parte de la vida de la mujer se pasa en la gestación y crianza de los hijos, y además su posición social va unida al éxito que alcance en esas tareas.

Pero la mortalidad infantil, y también la general, han experimentado un descenso creciente desde comienzos de siglo en Europa y América y, algo más recientemente, en el Tercer Mundo. Por lo que respecta a la mortalidad general, existen pocas diferencias entre uno y otro ámbito: cada año mueren nueve de cada mil habitantes del mundo rico y diez del pobre. La mortalidad infantil es más desigual y se convierte por ello en un factor tanto demográfico como social: de cada 1.000 niños que nacen en Holanda tan sólo mueren seis en el primer año, siete en Suiza y menos de ocho en España, pero estas cifras se elevan a 170 en Afganistán, 150 en Guinea, y si exceptuamos el norte de África, la mortalidad infantil en el continente africano es casi siempre superior a 100. La esperanza de vida también es desigual: un niño europeo puede esperar vivir setenta y un años y una niña setenta y ocho, pero una niña africana vivirá como media cincuenta y seis años y un niño cincuenta y dos. La esperanza de vida en Europa en 1850 era de cuarenta y dos años.

Si acompañan unas mínimas condiciones económico-sociales, el simple descenso de la mortalidad hace disminuir el número de hijos. De hecho y en

cualquier país, las mujeres tienen siempre menos hijos que los posibles biológicamente, y no porque exista un control preciso de natalidad, que aunque lo haya es siempre impreciso e inseguro, sino también porque la misma sociedad que origina instituciones y mentalidades gratificantes de la natalidad, genera también tabúes que la atenúa.

Primordialmente, para que exista un descenso del número de hijos es preciso que la mujer viva más años y sobre todo que mantenga vivos los hijos que tiene. Ciertamente los movimientos de liberación de la mujer constituyen por derecho propio un fenómeno social, pero hubieran tenido menor incidencia en una sociedad sin vacunas, antibióticos, ni control sobre las enfermedades infecciosas (Week, J. R., 1981).

En Europa a comienzos de siglo sólo la mitad de las mujeres con veinte años podían esperar seguir vivas a los sesenta y cinco, pero en 1992 de cada 100 mujeres europeas con veinte años 84 ingresarán en lo que se ha dado en llamar tercera edad y mantendrán vivos la práctica totalidad de los hijos que han tenido. En consecuencia, dado que mujeres y niños tienen muchas oportunidades de vivir, no es necesario comenzar pronto el período reproductivo. Sin embargo, las presiones natalistas, aunque atenúan su fuerza, no desaparecen rápidamente. De hecho, las mujeres de los países semidesarrollados viven en lo que se llama *estado de ambivalencia* la sociedad les impulsa a la maternidad y tienen realmente más hijos de los que quieren tener.

Y es aquí donde la ciudad va a tener una función catalizadora. En demografía es un axioma que los niveles de fecundidad urbanos son más bajos que los rurales. En efecto, la urbanización y el ambiente social que genera hacen descender el número de hijos. Se crea un marco donde a la transformación económica de la sociedad se une la anulación o relajación de la autoridad religiosa y tradicional, la capilaridad social es posible, se difunde una mentalidad racionalista donde el individualismo es la norma de todas las cosas, la educación se extiende y se universaliza a ambos sexos. Además emerge una cultura que tiende a maximizar la gratificación personal, se da una mayor supervivencia de los niños y una creciente igualdad entre mujeres y hombres (Berry, B. J. R., 1975).

Las motivaciones para tener menos hijos no aparecen por ensalmo, pero la mujer puede decidir cada vez más y el amplio marco de oportunidades le impulsan hacia expectativas que alterarán su estatus.

Por ejemplo, una mujer occidental que entre los veintitrés y treinta y tres años tenga dos hijos, a los cuarenta-cuarenta y dos años ha cumplido con la crianza y tendrá todavía casi cuarenta años de vida para continuar o iniciar una actividad profesional, más todavía cuando su nivel educativo como consecuencia de la posposición del matrimonio ha aumentado. Sus aspiraciones son mayores y su poder de decisión también. En la ciudad puede contrastar opiniones, compartir experiencias, recabar información, percibir ventajas en una fecundidad reducida y dominar técnicas efectivas de control de la natalidad. En la mentalidad urbana está la consideración de los hijos de forma cua-

litativa, es decir, con expectativas mayores de educación y formas de vida, y además, considerados como consumidores de recursos, pueden entrar en competencia con otros bienes o simplemente con el deseo de adquirir riqueza o prestigio. Inevitablemente, la socialización en el «rol correspondiente a su sexo» se debilita. Por supuesto que siguen existiendo presiones natalistas, *tan sutiles a veces que la pareja cree voluntaria y sin interferencias la decisión de tener un hijo*, y además existen gratificaciones personales, pero la mujer cada vez más quiere ser autosuficiente económicamente, elevar su status, y observa que esto es más fácil conseguirlo teniendo pocos hijos.

PARTICIPACIÓN EN LA POBLACIÓN ACTIVA Y FECUNDIDAD

La liberación que supone para la mujer acortar su período reproductor tiene una importante manifestación básica para la independencia femenina: su participación en la población activa.

Tradicionalmente *participación laboral femenina y fecundidad se han relacionado negativamente*, y todavía lo siguen haciendo. En 1950 sólo una de cada cuatro mujeres norteamericanas estaba integrada en la población laboral. En 1985 la proporción se había duplicado y lo más importante es que entre esos mismos años la tasa de mujeres trabajadoras con hijos menores de cinco años, aumentó un 270 por 100. Ciertamente compatibilizar el papel de madre de hijos tan pequeños con el de trabajadora sigue siendo muy difícil, y de hecho tan sólo trabaja el 25 por 100 de mujeres en este caso, y el 50 por 100 si son divorciadas o viudas. *Una familia reducida permite a las mujeres continuar su actividad profesional o suspenderla transitoriamente si así lo desea*, pero a la vez la participación de la mujer en el trabajo mantiene niveles de fecundidad bajos. De hecho, en demografía se piensa que, una vez eliminado el riesgo de mortalidad, las mujeres de Nigeria, India o Irán siguen teniendo muchos hijos porque no se les permite otra fuente de realización que la maternidad (Asian Development Bank, 1988).

EL ESTATUS DE LA MUJER Y LA FAMILIA

La elevación del nivel estatutario de la mujer conlleva modificaciones sociales de muy amplia trascendencia: decir que la familia es una institución caduca distorsiona la realidad, pero ciertamente la estructura familiar de los países altamente industrializados y urbanizados ha sufrido importantes mutaciones que pueden ser resumidas en los siguientes aspectos:

- 1.º *Sustitución de la familia extensa por la familia nuclear*. El ritmo ciudadano, el trabajo de la mujer, la independencia de los hijos, las largas

distancias, etc., obligan al ciudadano a una continua selección en sus relaciones, y el primer segmento afectado es la familia, que pasa a ser nuclear, debilitándose los lazos con tíos, primos y otros parientes que constituyen la familia tradicional rural. La mujer sufre y se beneficia de este hecho: se ve liberada por ejemplo del cuidado de niños y ancianos de la familia extensa, pero también se ve privada de su solidaridad.

- 2.º *Posposición del matrimonio.* La edad media de las parejas europeas a la hora de contraer matrimonio es en 1992 de 24,5 años para la mujer y de 25,9 para el hombre, pero era en 1950 de 20,5 para las mujeres y 24,2 para los varones. La capacidad de las mujeres para ser económicamente independientes y encontrar por lo tanto alternativas a la vida familiar explica en buena parte esa posposición. Los hombres aducen también razones de expectativas laborales mayores.
- 3.º *Aumento de la cohabitación.* Quizá es este factor el que ha llevado a pensar que la familia como institución social estaba agotándose. En Dinamarca y en el conjunto de los países nórdicos por ejemplo, las parejas con menos de treinta y cinco años que viven sin vínculo matrimonial representan el 18 por 100 del total, en Francia el 7 por 100, y cifras similares se dan en Holanda, Reino Unido o Alemania. Como el porcentaje disminuye muy bruscamente a partir de los treinta y cinco años, en realidad podría considerarse como una ampliación del apartado anterior, es decir, la posposición del matrimonio. Hombres y mujeres pueden rechazar momentáneamente el vínculo familiar pero no la convivencia.
- 4.º *Aumento de la natalidad entre mujeres que viven solas.* Las ventajas de tener hijos son menos tangibles que sus costes, pero no menos importantes: los hijos proporcionan gratificaciones personales y sociales y las mujeres no quieren renunciar a ellas. La decisión de tener hijos para criarlos y educarlos en solitario parece implicar un cierto grado de militancia feminista. Pero el hecho es que en Estados Unidos entre 1970 y 1990 la tasa de natalidad entre mujeres que viven solas ha aumentado en un 14 por 100. Parece ser que algunas mujeres estadounidenses, y algo similar ocurre en Europa, no sienten el mismo deseo de casarse que de tener hijos, y además la sociedad urbana no segrega actualmente a la madre soltera como lo hacía la sociedad de hace unas cuantas décadas.

Un tema bien distinto es la maternidad entre adolescentes, cuyo aumento preocupa a los gobiernos e instituciones sociales de Europa occidental, pues si bien no representa un problema cuantitativo, sí lo es lo elevado de los costes personales que conlleva.

La maternidad de adolescentes está aumentando en todos los países de nuestro entorno cultural. Por ejemplo, en el Reino Unido

el 73 por 100 de las mujeres entre catorce y dieciocho años no tenían hijos en 1960, pero el porcentaje ha descendido al 68 por 100 en 1990. El hecho dramático es que cuando una adolescente tiene un hijo, las posibilidades de terminar sus estudios y de ser económicamente independientes se reducen drásticamente, así como sus posibilidades de realización como persona.

- 5.º *Aumento de la tasa de divorcio.* En nuestro país no es posible aún sacar conclusiones, pero allí donde el divorcio tiene una presencia más antigua, el aumento de rupturas matrimoniales a lo largo del presente siglo ha supuesto un importante cambio en las relaciones familiares: el número de personas divorciadas ha aumentado en el Reino Unido un 210 por 100 entre 1950 y 1980, y casi un 300 por 100 en los Estados Unidos en este mismo período de tiempo.

Una primera explicación puede ir unida al aumento de la longevidad, pues cuantos más años se vivan con una persona más posibilidades hay, por lo menos teóricas, de entablar conflicto con ella, y aunque existe la creencia de que sólo se divorcian las personas jóvenes, de hecho cada vez es mayor el número de personas de edad media e incluso avanzada que llegan a la ruptura matrimonial. Pero además la creciente independencia económica de las mujeres le permite abandonar una pareja poco satisfactoria sin que tenga que pagar por ello, como antaño, desastrosas consecuencias económicas y sociales.

- 6.º *Descenso del número de nuevos matrimonios.* La cultura occidental con su aceptación del divorcio pudo ser calificada en cuanto a política matrimonial como de *monogamia seriada*. En efecto, hasta la década de los años setenta los divorciados terminaban contrayendo matrimonio más o menos urgentemente. Pero en los últimos treinta años, primero en los países nórdicos y luego en Alemania, Estados Unidos y en conjunto en los países occidentales de tradición protestante, el número de nuevos matrimonios tras el divorcio ha descendido de tal forma que el porcentaje de hijos menores de dieciocho años, es decir dependientes, que viven con uno solo de sus padres, se ha más que duplicado, originándose tensiones y problemas de difícil solución (Weeks, J. R., 1981)

* * *

Como conclusión, la familia se ha hecho más pequeña, se ha alterado, la mujer trabaja, ha elevado su status y ha conseguido su independencia. La demografía ha jugado a su favor, pero el marco donde han podido realizarse todas estas transformaciones sólo pudo ser el urbano, porque como ya se de-

cía en la Edad Media, refiriéndose a otra sociedad totalmente diferente, la feudal, «el aire de la ciudad hace libre». Y la mujer actual ha sabido utilizar en beneficio de su propio desarrollo la libertad ciudadana.

BIBLIOGRAFÍA

- ASIAN DEVELOPMENT BANK (1988): *Urban policy issues- a regional services on major national urban centers*, Manila.
- BERRY, B. J. L. (1975): *Consecuencias humanas de la urbanización*, Madrid, Pirámide.
- PÉREZ SIERRA, C. (1990): «El proceso de urbanización en el mundo», en R. PUYOL (coord.), *Geografía humana*, Madrid, Pirámide.
- WEEKS, J.R. (1981): *Sociología de la población*, Madrid, Alianza Editorial.